

# EL CALAMBRE ISLAMICO

EDUARDO HARO TECLEN

**M**IENTRAS en Irán grupos de mujeres rechazan el uso del velo sobre el rostro y acuden a la Universidad fumando en signo de desafío y rebeldía, en Egipto las muchachas liberadas, las jóvenes regresan al vestido tradicional, quizá retocado por alguna moda, pero cumpliendo las bases esenciales del ocultamiento de su cuerpo, incluso de sus manos. Sin embargo, en Egipto nació, junto al Iraq, el primer movimiento de liberación de la mujer árabe, de la mujer musulmana. Su regreso al símbolo externo es ahora una cuestión de elección personal, voluntaria: es un regreso al Islam. Mientras, en Teherán, estas mujeres defienden el Islam por el intento de supresión de los hábitos. Son dos partes contradictorias de una misma revolución. En El Cairo se regresa a la tradición externa para liberarse de Occidente —que, dice un imán, “razona siempre como Carlomagno y los cruzados”—; en Irán se insiste, por los grupos de vanguardia, en que ya el país se ha liberado del fantasma pálido de los occidentales: es preciso que, ahora, se libere de sus propios prejuicios. Pero, cuidado, no de su fondo, no de su ímpetu. Con o sin velo, modernistas o tradicionales, los musulmanes están protestando ahora de la gestión de Carter en Egipto-Israel: protestan contra la entrada de un occidental en los asuntos interiores del mundo árabe.

El rechazo de Occidente es la base de esta revolución islámica que ha canalizado Jomeini. El ayatollah pide el voto a todos para el referéndum que ha de celebrarse el 30 de marzo, y explica lo que desea: “No queremos solamente una república, ni una república democrática, ni una república islámica democrática, sino simplemente una república islámica. No uséis la

palabra ‘democracia’: esa palabra pertenece al idioma occidental y no lo queremos”. Las leyes al estilo occidental no valen, hay que reemplazarlas por “leyes divinas, leyes islámicas” que construyan una sociedad “a la imagen de Mahoma”. No son palabras que se alejen de las que, en tiempos relativamente lejanos, han emitido los arabistas de buena voluntad, los que han querido acercarse al mundo islámico con los ojos más lejanos posibles de los de Carlomagno. Jacques Barque escribía en 1960 que “si, entre nosotros, la revolución misma invoca determinismos pacientes, entre ellos (el mundo islámico) explota como una profecía”; y en 1958, Henri Corbin definía el mundo islámico que “esa zona que planea entre lo humano y lo divino”. En cuanto a la definición de lo profético, y mediación entre lo divino y lo humano, es indudable que para un musulmán todo está en el Corán y puede realmente prescindirse de lo que no esté en él. Un teólogo paquistaní, Vid-yarthy, ha visto, por ejemplo, en una sura del Corán el anuncio de la construcción del canal de Suez: “El (Señor) ha hecho los dos mares independientes, y los dos confluir (...). Como entre ellos hay una barrera, no se precipitarán uno en el otro (...). Y hará pasar navíos grandes como montañas de un mar a otro...” (LV, 17-25). Aunque tenga también la idea de que los dos mares sean, en realidad, el comunismo y el capitalismo, que un día podrán encontrar una comunicación por “la vía espiritual, fraternal, de justicia social”; por la vía islámica. Todo el que haya vivido en un país musulmán recordará el canto de los niños, memorizando los versículos, saliendo de la ventana abierta de un escuela coránica. O habrá visto en la calle, en el autobús o en el



El rechazo de Jomeini es la base de esta revolución islámica que ha canalizado a los iraníes reunidos en los territorios de la Uni

tren, ciudadanos que bisbisean, moviendo los labios sin apenas sonido, diciéndose a sí mismos suras coránicas. Es, como dice el profesor Massignon, un “sistema del mundo”, que regula “la experimentación, la explicación y la aplicación de todo acontecimiento”.

Es difícil extraer lo que está sucediendo en Irán y lo que se va extendiendo por todo el mundo islámico —se dice ahora, en este período de euforia, que hay mil millones de musulmanes en el mundo; quizá no lleguen a seiscientos mil— de esta base, y de una carga histórica y de interpretaciones. Es indudable, por la cita antes hecha del teólogo paquistaní, que el Corán tiene toda clase de interpretaciones. La que está dando el ayatollah Jomeini está sin duda cargada de toda la angustia de un viejo pueblo sometido, de una biografía personal dolorosa, de un rechazo de una tiranía poco sacra y de la inmisión de occidentales y comunistas. Que esto se revele en la prohibición de la carne congelada y al mismo tiempo en

la ejecución por delitos sexuales, en tribunales secretos, no es más que una forma de interpretación. Parece que la que está queriendo dar Bazargán es distinta. Repite sus peticiones de dimisión, para mover a Jomeini a una contemperación con ciertas costumbres, con ciertas líneas de conducta; con cierta colaboración con los mundos simultáneos pero contradictorios que rodean al Irán. Mehdi Bazargán es un hombre de religión —por eso ha sido nombrado— y, sin embargo, ha sido condenado por el ayatollah por no haber interpretado bien las disposiciones islámicas que da Jomeini a través de sus comités revolucionarios, aunque ha sostenido su presidencia y ha sido condenado, al mismo tiempo, como “enemigos del Islam” a los que atenten contra Bazargán de palabra o de obra.

El calambre islámico suscitado por el ayatollah está recorriendo toda una amplia zona: tiene trascendencia en los cambios políticos de Argelia, en los apuros del Rey de Marruecos, en ciertas modificaciones de Libia, en las

# IRAN: FUERA EL VELO

Todo se hace por Decreto en el Irán. A la occidentalización impuesta por el Sha, sucede ahora la islamización, también por Decreto, del "iluminado" de Neauphle-le-Chateau. A la mundana tiranía de Reza Pahlevi, sigue una nueva opresión, tal vez la peor de todas: la religiosa. Las minorías y las mujeres son sus primeras víctimas.

**E**l jueves 8, internacionalmente bautizado como Día de la Mujer Trabajadora, fueron millares las mujeres que se manifestaron por las calles de Teherán al grito de "fuera el velo". Y si ayer mismo, cuando rodaban por los suelos las estatuas del Sha y de su padre, el fundador de la dinastía, el tradicional "chador" era exhibido orgullosamente como emblema de la nacional frente a lo extranjero —conviene no olvidar que fue precisamente el padre de Reza Pahlevi quien prohibió oficialmente su uso en 1936—, hoy el velo vuelve a ser lo que siempre fue: símbolo de la inferioridad reconocida y de la sumisión de la mujer musulmana respecto del varón. En las revoluciones, ya se sabe, el tiempo histórico se acelera.

Pocas garantías pueden ofrecer a las iraníes las protestas del ayatollah en el sentido de que en la República Islámica por él pregonada e impulsada, la mujer tendrá igual derecho que el hombre a estudiar en la Universidad o a

ocupar, llegado el caso, un Ministerio. De poco les sirven sus afirmaciones de que si personalmente se opone, por ejemplo, a que las mujeres trabajen como secretarías es porque, hasta ahora, las secretarías iraníes han sido meros objetos sexuales y que ningún musulmán auténtico puede admitir que se trate a la mujer como objetos de juego igual que ocurre en Occidente.

Es cierto que algunas iraníes, que han hecho sus carreras en Occidente, con frecuencia en Estados Unidos, y que ahora han trocado sus "blue jeans" por largas y pudibundas túnicas, insisten en que el "chador" las hace en realidad más libres, y ofrecen explicaciones como éstas: "Nos cubrimos el rostro porque los hombres van siempre como animales en celo tras las mujeres y esto no sólo nos hace sentirnos incómodas, sino que también nos humilla". "La mujer no se siente tan atraída físicamente por el hombre como éste por la mujer: de ahí que, para restablecer el equilibrio,

debamos nosotras ir más tapadas". "Las mujeres en Occidente son superficiales, dependen siempre del hombre y su libertad es sólo aparente". "No creemos en la igualdad de derechos, sino en la distribución de deberes y derechos".

¿Cuál es, sin embargo, la alternativa? ¿La propuesta sagrada del Corán? Un libro que afirma tajantemente la superioridad esencial del hombre por las cualidades de que Dios le ha dotado, que permite al varón tener hasta cuatro esposas legales y un número ilimitado de esclavas y concubinas, así como rechazar o buscar el cuerpo de la propia mujer cuando le venga en gana, y que ordena lapidar a la adúltera si se encuentran cuatro testigos capaces de probar su delito. Justificación idiota atribuida a Jomeini: "Sí, pero será difícil encontrarlos". No tan difícil, según parece, porque ya se han dado casos de parejas de amantes azotados públicamente.

Es cierto que si el régimen del Sha promocionó a la mujer, fue sobre todo como potencial consumidora. No olvidemos, por ejemplo, que si entre la población masculina del Irán hay todavía un 67 por 100 de analfabetos, las mujeres que no saben leer ni escribir suman un 85 por 100, aproximadamente. Nada tienen que agradecerle las iraníes al esposo de Farah Diba. Pero tampoco parece que deban sentir la vuelta del ayatollah, Corán en mano, como una liberación, sino tal vez como anuncio de un yugo aún más duro. ■ JOAQUIN RABAGO.



Una mujer con el tradicional "chador", ante la estatua derribada del Sha.



Jomeini. En la foto: miles de izquierdista-  
versidad de Teherán.

hostilidades de los dos Yemen y en la angustia de Hussein en Arabia Saudita; pasa por Turquía, que tiene pendiente una gran reivindicación islámica (a partir de la represión de Kemal Attaturk), llega a Afganistán, donde se lucha por buscar afinidades entre marxismo e islamismo, en Pakistán, en la India... La influencia tradicional del Irán en todo el mundo islámico es, ahora, enorme: ha dado el aliento de que una revolución hecha en nombre del Corán puede levantar montañas.

La velocidad de los Estados Unidos para contener lo que puede ser una revolución, que se llamaría guerra santa, está expresada en el viaje de Carter y en las distintas ofertas, que van desde el rearme de Arabia Saudita —a la que se puede extender la batalla entre los dos Yemen— hasta el riego de dinero, desde el esfuerzo por convencer a Sadat y de convertirlo en el "hombre fuerte" de Oriente Medio a las súplicas a Israel para que acepte nuevas formas de comprensión y entendimiento.

El desarrollo de todo este

movimiento general dependerá de la evolución de los acontecimientos en Irán. Si el ayatollah impone la ley de la dureza, como parece previsible, la extensión puede hacerse en el terreno de la violencia y de los enfrentamientos.

Muchos países pueden cambiar de dueño en los próximos años, y toda la geopolítica del Mediterráneo y de Asia variará de sentido. Hay musulmanes que entienden que este puede ser el principio del fin de los Estados

Unidos como Imperio y de Israel como Estado. Probablemente exageran sus posibilidades y las relaciones de fuerza: una revolución como la del Irán no se produce todos los días y en todas partes. ■